¡Uy, mamita! Me falta tiempo 22/03/2013

Liuba Kogan

Jefa del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

Todos andamos apurados y con la sensación de que el tiempo es ingrato. Los mayores nos cuentan que “en su tiempo” la existencia era más calma y que las etapas de la vida tenían un ritmo acompasado y amigable. No se corría de un lado para otro y se gozaba de la impresión de una vida ordenada y un tiempo suficiente para los menesteres cotidianos y extraordinarios.

Hoy esa percepción ha cambiado: ya no reconocemos orden ni progresión lineal de los acontecimientos. Todo parece suceder de forma atropellada y simultánea. Los viejos y nuevos medios de comunicación hicieron estallar nuestra vivencia del tiempo. Es posible dividir la pantalla de un televisor en numerosos recuadros que muestran imágenes de canales diferentes; pero a la vez, podemos navegar a través de varias páginas de Internet de forma simultánea y conectarnos con otros de nuestros artefactos electrónicos. Nos faltan manos para ocuparnos de todos los accesorios disponibles: televisor, computadora, teléfono celular, tableta, y otros más que cuestan cada vez menos.

Ocupaciones antes inexistentes -como navegar en las redes sociales-, también contribuyen a secuestrar nuestro tiempo vital. Por ejemplo, absortos en la maraña de mensajes e imágenes de Facebook, niños y jóvenes, viven desasidos de lo que sucede a su alrededor, porque lo que aparece como verdaderamente real e imprescindible, es lo que ocurre en el espacio virtual. Y las actualizaciones de información ocurren permanentemente y sin pausa, al punto que resulta imposible descansar. No hay tiempo para reflexionar, soñar despierto o elucubrar. Y así pues, el tiempo para las tareas escolares, el juego en la calle o la conversación con la familia, se va acortando. No es extraño ver a los miembros de una familia –cada uno con su propio dispositivo- atrapados por la información, pero incomunicados entre sí.

 Evidentemente, los adultos disponemos de menos tiempo que los niños y adolescentes para el “dulce hacer nada”, en la medida en que las obligaciones laborales nos exigen su atención; pero a pesar de ello, buscamos desesperadamente robarte tiempo al deber. Y entonces también vivimos el sobresalto de que nos estamos perdiendo lo que “realmente sucede en el mundo”. Es decir, en el ámbito de nuestros conocidos. No seamos ingenuos, no se trata de perdernos las últimas noticias políticas o económicas: más bien lo que tememos es quedar excluidos de aquello de lo que se enteran nuestros amigos. Porque valgan verdades, si no estás en las redes sociales, eres un muerto social.

¿Vale la pena vivir jaloneados por la abundancia exponencial de información que de manera simultánea nos proporcionan los diversos medios de comunicación y sus múltiples aplicaciones?

Escucho tantas quejas sobre la falta de tiempo y de lo rápido que se pasa la vida, sobre la incomunicación con los hijos porque andan enganchados en otros mundos, o de hijos que ya no pueden hablar con sus padres porque ellos mismos son víctimas de sus celulares; que lamento que no sea “cool” hacer un alto para evaluar cómo podemos vivir pausadamente.